

Por SEBASTIÁN BASUALDO

La mujer pájaro
de Pablo
Melicchio

Página 2

Por JUAN MAISONNAVE

*Crónica de mi
familia de Vasco*
Pratolini

Página 3

Por GRACIELA SPERANZA

Citas de lectura
de Sylvia Molloy

Página 4



télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 6 | NÚMERO 311 | JUEVES 16 DE NOVIEMBRE DE 2017

La línea blanca de la frontera

El poder del perro (2005) y *El Cártel* (2015), de Don Winslow, son dos novelas complementarias que narran la historia del narcotráfico en México entre 1975 y 2014, el estrecho lazo de los cárteles con todas las instituciones del gobierno, así como la injerencia de los EE.UU. en su país vecino.

La frontera norte mexicana, la sur de Norteamérica, es la geografía principal de estas ficciones, su terreno de acción. Ese río, Bravo de un lado, Grande del otro, sus ciudades, a uno y otro lado conectadas por puentes que soportan, de sur a norte, toneladas de mercancía, tanto legal como ilegal (mercancía ilegal que no sólo se paga con dólares, sino también con armas).

Y allí asentada, en el borde de ambas naciones, el corazón de todos: Ciudad Juárez, latiendo con violencia.

El poder del perro y *El Cártel* además narran, con el contexto de la guerra de narcos contra narcos y de narcos contra el gobierno, la historia de un enfrentamiento personal: el de Arthur Keller –agente de la DEA, veterano de la guerra de Vietnam– y Adán Barrera –jefe de “La Federación”, que es nada más y nada menos que la unión, frágil e inestable, de todos los grupos narcos del país, cada uno con su correspondiente plaza, todos bajo su tutela–.

Es esa lucha particular entre Keller y Barrera, su mutua atracción-repulsión, la que moviliza esta ficción arraigada en hechos y personas reales. Las situaciones se trasladan por “El Triángulo Dorado (Sinaloa - Durango - Michoacán)”, para saltar a Laredo y a Nuevo Laredo, a Tijuana y a San Diego, a Ciudad de México, y siempre volviendo a Juárez y a su hermana del norte: El Paso.

Atraviesan estas páginas dejando un rastro de sangre “Los Zetas”, “La Familia Michoacana”, con su mística religiosa y su producción de metanfetamina, así como las 800 bandas criminales entre las que destacan los Mexicles, La Línea, los Aztecas y los Aristo Asesinos.

También las atraviesan gabinetes presidenciales, gobernaciones, alcaldías, cúpulas militares, jueces, policías federales, policías locales y periodistas, tolos corrompidos, dependientes del dinero de la droga. Es que parecería ser que en la trama construida por Winslow, el honesto, el idealista, es un error en el sistema: los sobornos corrompen a todo lo que toca, es plata, y si no se lo acepta, es plomo.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.arhva.com.ar

SIGUE EN LA
PÁGINA 3



La poeta, ensayista y traductora nicaragüense Claribel Alegría recibió a sus 93 años, el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana y, en su discurso, ofreció un alegato a favor de las mujeres que durante años lucharon contra el machismo imperante en América Latina. Autora de una obra traducida a 14 idiomas, la poeta aseguró sentirse "emocionadísima" por la distinción que corona

una trayectoria literaria de siete décadas en la que, según sus palabras, siempre escribió "bajo la espuela de la obsesión". Prolífica escritora, entre sus muchos libros figuran *Anillo de silencio*, *Suite, Vigilias, Acuario*, *Tres cuentos*, *Huésped de mi tiempo*, *Via única y Aprendizaje*. En la entrega del premio—dotado con 42.100 euros—, se presentó, además, su antología *Aunque dure un instante*.



Sin arte y sin sueños la vida sería un error incorregible



→ SEBASTIÁN BASULAIN

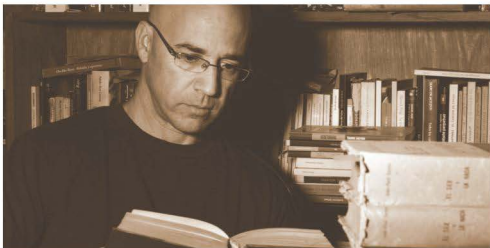
El escritor y psicoanalista Pablo Melicchio presenta en la *La mujer pájaro y una modesta eternidad*, su más reciente novela, un universo que parte de lo terrenal para volverse espiritual, donde se entrecruzan la realidad cotidiana y el mundo onírico.

Rafael, un profesor de literatura, se debate entre dos mujeres, Carolina, una joven alumna, y María Marta, una artista plástica diez años mayor que él, con la que se inició sexualmente y que retorna luego de veinte años. Y en medio de ese complejo escenario de amor, deseo y locura, aparece la mujer pájaro.

¿La mujer pájaro es una suerte de psicoanalista para Rafael?

De alguna manera sí, pero también podrá tratarse de un ser mítico, o de la propia conciencia de Rafael. Algunos lectores aseguran que Rafael está loco, que es un delirante que habla solo porque sólo él vive y escucha a la mujer pájaro.

¿Por qué el lector puede hacer preguntas, aporta conocimientos, pero a la vez es muy simbólica, deja espacios en blanco para que cada lector complete la novela con su bagaje personal. Presenta un tono reflexivo y por lo tanto puede ser reparadora para



el lector como lo es para los personajes.

“La posibilidad artística nace de las grandes obsesiones que persiguen al hombre. Entonces la obra es una suerte de respuesta posible”, dice *La mujer pájaro*. ¿Cuáles son sus obsesiones?

Justamente escribo para conversar con esas obsesiones. En esta novela dialoga con el paso del tiempo y sus efectos. Al borde de los cincuenta, siento que el tiempo muere de más deprisa y esa sensación resulta ser el combustible para la búsqueda de mayor plenitud. “Lo pendiente y el aburrimiento son más dañinos que cualquier peste”, sentencia uno de los personajes y allí surge otro de mis obsesiones: estar atenta a mi deseo y, a partir de eso, ponerlo en marcha para mostrarlo atrapado en el cuerpo que propulsa la vida cotidiana.

En la novela hay muchas referencias al amor y al sexo. ¿Ésas son otras de sus obsesiones?

Más que nada el tránsito por experiencias amorosas que me ayudan a sanar el egoísmo que haya

en mí. En la novela, Rafael va dejando de ser sólo un hombre que busca enriquecer su ego, para ir transformándose en un ser comprometido con el dolor ajeno. Y el sexo, que desde luego es fundamental para la vida y el placer, y obviamente para la reproducción, en *La mujer pájaro* presenta dos dimensiones: el sexo bueno y el malo, por llamarlo de alguna manera, el ligado al amor y al goce; y el oscuro, el de la mujer maltratada, tomada como objeto.

La novela presenta alusiones muy particulares acerca de los universos femeninos y masculinos. ¿A qué se debe?

La novela es el tránsito por la vida de personajes neuróticos que están atrapados en lo que la mujer pájaro llama los “dualismos”. Pero a medida que la historia avanza, el lector va descubriendo una visión más profunda de su ser. Transformaciones que suceden mediante la integración de los opuestos, de los aspectos femeninos y masculinos, y comprendiendo las imposiciones familiares y sociales. Personajes que, en el azar

de la vida, se encuentran para transmitirse algo fundamental.

En relación al título de la novela, ¿qué es una modesta eternidad?

Son pequeños pero profundos y milagrosos instantes donde se esfuman el tiempo y el espacio, como sólo sucede en el éxtasis del amor y del sexo, en los bordes del despertar y del dormir, en el arte y en la contemplación.

El *Cristo de Dalí* aparece en varios pasajes de la novela, ¿qué representa para los protagonistas?

Es la obra que María Marta pintaba cuando Rafael era un adolescente y posaba para ella. Pero termina siendo, desde el mensaje que transmite la mujer pájaro, la obra que los reconecta y les enseña cómo trascender el dolor mundano.

¿Qué son los dualismos para la mujer pájaro?

Los caminantes son los que transitan por el mundo de manera superficial, sin profundizar en el amor. La mujer pájaro aparece para aportar el conocimiento de otra dimensión: la posibilidad de

levantar vuelo. Y para alcanzar ese estado, orienta a Rafael para que se conecte con su ser más profundo, supere los dualismos y trascienda a través del amor, de los sueños y del arte. Así Rafael termina siendo una suerte de terapeuta también, que por la vía de los sueños va accediendo al dolor y al encierro de Carolina que está atrapada en la habitación de los ultrajes, dentro de su mente, re-viviendo los abusos sexuales sufridos en su pasado. Entra en su mente para ayudarla a salir.

En la novela de la novela, arte y sueño son instrumentos de autoconocimiento y caminos posibles de sanación. ¿Lo considera así desde su profesión de psicoanalista?

Así es. Hay ciertas zonas del mundo interior a las que sólo se puede acceder a través de los sueños y del arte. Mientras yo estoy escribiendo “La mujer pájaro”, trabajo en paralelo con otro libro que salió recientemente y que se llama “El arte nos puede salvar”, donde ya el título mismo es una respuesta posible. Sin arte y sin sueños la vida sería un error incorregible.

El artista Felipe Ajá Espil inauguró en el Espacio Arte Amia la exposición *Ruth*, un ensayo fotográfico integrado por imágenes y textos que deja testimonio sobre la experiencia personal de un hijo cuya madre pierde la memoria. En carne propia, Felipe Ajá Espil, hijo de Ruth, la mujer que pierde la memoria hasta no reconocerlo a él tampoco, desgrana con una potencia visual

conmovedora el interrogante, como plantea el curador Elio Kapszuk, en torno a "¿qué puede hacer un hijo cuando una enfermedad impide que su madre lo reconozca?". La muestra *Ruth. Una mujer sin memoria, un hijo sin memoria* se podrá visitar con entrada gratuita en el portafolio Espacio de Arte Amia, ubicado en Pasteur 633, de lunes a jueves de 10 a 19 y viernes de 10 a 16.



JUEVES 16 DE NOVIEMBRE DE 2017 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

La línea blanca de la frontera



→ LEONARDO HUEBE

VIENE DE LA TAPA

Las atraviesan, además, la iglesia de México con sus intríngulis y lazos políticos, la mafia italiana de New York, La Camorra, los traficantes de armas chinos, la Mara Salva Trucha, cárteles colombianos y, por supuesto, la CIA, aliándose con los narcos para asistir y financiar a los contrarrevolucionarios nicaragüenses, sumada a ella la DEA, que optó no intervenir ante las pruebas de que se atentaría contra el candidato a presidente del PRI: Luis Donald Colosio.

En el *Poder del perro* da comienzo esa pantomima denominada "Operación Cóndor" llevada adelante por el gobierno mexicano y Washington contra los cárteles, se crea "La Federación", se declara la guerra entre Barrera y Keller, cuando el narco tortura y mata a un agente de la DEA, y culmina con Barrera encarcelado y Keller retirado.

Don Winslow jura que, para él, su relación literaria con el tráfico de drogas entre México y los Estados Unidos, sus consecuencias sociales, sus implicancias políticas, sus actores sangüinarios, sus oscuras negociaciones, había terminado con ese capítulo final del libro. Pero un día al líder del "Cártel de Sinaloa", Joaquín El Chapo Guzmán, se le ocurre fugarse de la cárcel de máxima seguridad en la que estaba encerrado, retomar el poder de su imperio y comenzar a disputarle el territorio a "Los Zetas".

Y este hecho hace que el autor no cumpla con su palabra.

El *Cártel* comienza con Adán Barrera escapando de la prisión (cualquier semejanza con la realidad no es pura coincidencia), recomponiendo sus redes de poder y poniéndole un precio de dos millones de dólares a la cabeza de Arthur Keller, y con éste abandonando el convento donde criaba abejas para volver al juego mortal del presa-cazador, cazador-presa.

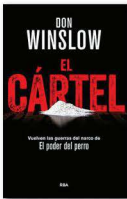
El final de *El Cártel* es uno de los más violentamente bellos que ha dejado la literatura.

Si en *El poder del perro* los grupos narcos crecen gracias al impulso de "La Federación", en *El Cártel* son poderosos conglomerados comerciales con ejércitos propios en una lucha extrema por plazas y vías de distribución, en el que la gente común es observadora resignada o blanco inocente: ya no se extrañan de esquivar cadáveres en las calles y viven sin comprender, o sin querer comprender, cómo se les ha hecho normal la muerte. Bismarck como muestra el capítulo 2010 de *El Cártel* que es el capítulo 10 de *El Cártel*.

Don Winslow nació en 1953, en la ciudad de New York, y es un acérrimo defensor de la teoría de que sólo la legalización de los drogas acabará con el negocio del tráfico.

Su obra consta de 19 ficciones y un ensayo.

La novela *El Cártel* fue galardonada en 2015 con el "IX Premio RBA de Novela Negra". Actualmente, el director Ridley Scott está realizando su versión filmica.



→ JUAN MAGONAVE

En una de sus columnas de los viernes, fechada en 2010, Juan Forn contaba su particular relación con un libro que lo había deslumbrado y cuyo autor reapareció en su vida de formas misteriosas. Se trataba de *Crónica de mi familia*, de Vasco Pratolini. Fiel a su costumbre, Forn aprovechaba el espacio de la contratapa para rescatar con entusiasmo contagioso a un autor italiano un tanto olvidado, a la vez que ofrecía, en breves pero intensas líneas, la síntesis vital de las experiencias que Pratolini había atravesado durante su infancia y juventud, los años que lo marcaron a fuego y nutrición a su obra más relevante.

Diez años después, la editorial Tusquets le encargó a Forn una colección titulada *Rara avis* y él decidió darse el gusto de inaugurarla hace unos meses con aquel libro. En el prólogo a la edición, el autor de *Nadar de noche* renuevas votos con fervor: "Lo he leído al menos una vez cada diez años, y cada vez me parece más extraordinario y más sabio. Les deso la misma experiencia".

Nacido en Florencia en 1913, Vasco Pratolini escribió con el telón de fondo de la Segunda Guerra y sus años activos como escritor coincidirían con el surgimiento y auge del Neorealismo. Pero antes que anclarse a una época histórica o a una corriente estética, la narración resulta un ejercicio personal de la memoria centrado en los momentos finimosos de la construcción de un vínculo. El ritual exigido no es pasar los minutos de la segunda página, hay una leyenda terrible del propio Pratolini que pone en contexto al lector: "Este libro no es una obra de ficción. Es el soliloquio del autor con su hermano muerto".

Más que soliloquio, desde el

comienzo el narrador intenta un diálogo posible con su hermano. Pocas veces en literatura la segunda persona estuvo tan bien utilizada. El hermano mayor, capítulo a capítulo, reconstruye para el menor alguna escena de las vidas que les permitieron tener. Luego de la muerte de la madre de ambos, por necesidad económica el menor de los hermanos es adoptado por un Barón inglés que reside en Villa Rossa, en las colinas de Florencia. Le cambia el nombre de Dante a Belé por un menos "vulgar", Ferruccio. Es decir, lo adopta gente rica.

Toda la primera parte del libro cuenta las visitas de los jóvenes, cuando el niño pobre -el hermano mayor-, junto a su abuela, visita al niño criado en cuna de oro -el hermano menor-, y describe con asombro y saña las costumbres y gestos de la clase alta. No hay acercamiento fraterno porque casi no existe pasado en común y viven en mundos muy distintos. Apenas los une la muerte, que lo empeora todo. "Ya me había habituado a la idea de que mamá había tenido que morir: que ti hubieras sido la causa me parecía una fatalidad que formaba parte del misterio que rodeaba su figura. En ese sentido, ti le pertenencias, porque habías muerto con ella".

Crece separados. Transcurren ocho años sin que se vean una sola vez. Por casualidad, tras ese hiato, las vidas paralelas de los hermanos tocan en un punto: la mesa de ping pong en los fondos de un bar. El delicado proceso por el cual unos desconocidos, después de tanto tiempo, reavivan el lazo de sangre que los liga y aprenden a ser hermanos abarca la segunda parte del libro, en la

que *Crónica de mi familia* contiene los pasajes de mayor ternura.

Los protagonistas conviven en un minúsculo cuarto de pensión. Allí fluyen de a poco las conversaciones postergadas. El mayor relata ciertos hechos del pasado a pedido del otro. Ferruccio tiene muchas preguntas atargantadas, aunque no siempre está contento con las respuestas. Algunas cosas duelen mucho. La distorsionada imagen que le habían vendido de la madre, por ejemplo.

El libro de Vasco Pratolini cierra con una tercera parte conmovedora. Como sucede en esa otra obra descarnada y extraordinaria que es *El desierto y su semilla*, comienzan a narrarse los penosos avatares de una internación, el mundo intrahospitalario, la enfermedad.

El narrador, en la Italia de posguerra, va en busca de una imposible mermelada de naranja para su hermano internado, como el que común de chicos. Un final al que los lectores llegamos con lágrimas en los ojos. Y también fascinados, como le sucedió a Forn, por la sabiduría y sensibilidad con que Pratolini lidia con el dolor y la pérdida. Por la belleza que alcanzan sus palabras para explicar lo inexplicable: "El corazón del hombre es un mecanismo de precisión, provisto de unas pocas piezas esenciales, que resisten al frío, al hambre, a la injusticia, a las crueldades, a la traición, pero el destino puede herir ese corazón como el niño cuando toca las alas de la mariposa".



evalea.com.ar

La autora Camila Urioste es la ganadora del premio nacional de novela de Bolivia de este año por *Soundtrack, glosario de términos relacionados*, en la que narra la historia de una mujer que explora su presente y pasado desde la música. El anuncio se realizó durante un acto en el que estuvieron presentes la ministra de Culturas, Wilma Alanoca, y del embajador de España, Enrique

Queda Vila, cuyos gobiernos financian parte del premio, que consiste en us\$ 11.700 para el ganador. *Soundtrack* será editada por la editorial paceña 3600, con una tirada prevista de 3.000 ejemplares y el premio será financiado por el ministerio de Culturas con us\$ 5.500, España (us\$ 3.000), la petrolera Repsol (us\$ 2.200) y la Editorial 3.600 (us\$ 1.000, más la publicación de la obra).



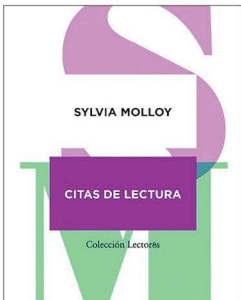
EL LIBRO DE LA SEMANA

→ GRACIELA SPERANZA

Citas de lecturas

La autobiografía obliqua que los libros de Sylvia Molloy componen desde hace años son previsiblemente, unas páginas sobre la lectura. Experta en la retórica de la escritura autobiográfica hispanoamericana que estudió en un ensayo ya clásico, *Acto de presencia*, Molloy sabe que si hay una escena diciente del escritor frente al espejo es precisamente la escena de lectura. “Al lector con el libro en la mano”, se lee en el comienzo de *Citas de lectura*, y ya la dedicatoria es una “cita de lectura”: la frase robada a Sarmiento es el espejo que abre el capítulo sobre Sarmiento-autobiografía en “Acto de presencia” y por lo tanto un homenaje al maestro. “El lector con el libro en la mano, el ‘traductor’ de las minas de Copiapó, el jactancioso que lee a los apurones y cita mal, el apropiador—por no decir plagiar—de vidas otras”, escribe Molloy en uno de los dos fragmentos que le dedica, “se volvió uno de mis guías”.

Como Borges, es cierto, Sarmiento ocupa un lugar central en la biblioteca (Molloy confiesa que *Facundo* y *Recuerdos de Provincia* la acompañaron en todas sus muchas mudanzas), pero si Sarmiento-lector se jacta de “leer muy bien”, de traducir a una velocidad prodigiosa y de dominar los clásicos en varias lenguas, Molloy en cambio es toda discreción y sutileza. Y si la figura que rige la autobiografía es la prosopopeya, la suya habla en voz muy baja y cultiva más bien la atenuación, la economía y la modestia. Antes que exhibir las lecturas, Molloy las amimora, les quita exclusividad y brillo, y las escucha en el fondo de una escena en la que muestra con el lector al otro lado del espejo. Claro que en su biblioteca están los clásicos de la escuela inglesa y la academia francesa, los de la profesora neoyorquina y la lectora crítica, y hay entre sus “citas de lectura” carnes de Dickens, T.S. Eliot, Stendhal, Flaubert, Gide,



La escritora, crítica y ensayista, Sylvia Molloy (Buenos Aires, 1938) despliega en este trabajo de tono autobiográfico su propia experiencia como lectora donde desarrolla una visión sobre la literatura a partir de lo que no se ha leído”

Barthes, Rubén Darío o Clarice Lispector, y encuentros cercanos con Borges, José Bianco, Victoria y Silvina Ocampo. Pero antes que recorrer la biblioteca para componer la escena, Molloy aquí la descompone, confiesa lo que no ha leído, rescata lecturas marginales o clandestinas, y para escándalo de la teoría, elige recordar al escritor en persona antes que el primer encuentro con el libro.

Confiesa por ejemplo que su conocimiento de la literatura latinoamericana dejaba mucho que desear cuando aceptó un puesto como profesora en una universidad norteamericana (“aprendí la literatura latinoamericana enseñándola” y quiero haber leído todo lo que me enseñaron). Es el inicio de un programa, que sus primeras lecturas en castellano fueron fragmentos de best sellers (de preferencia escenas de sexo, homosexualidad y violencia) leídos a escondidas en la mesa de luz de su madre, y que las primeras en

inglés fueron también fragmentarias, a expensas de la directora del colegio británico, una inglesa prética que para no aburrir a las alumnas saltaba páginas enteras de los clásicos decimonónicos. La escena de lectura, parece decir Molloy ahora frente al espejo, también se recupera en lo que se lee en diagonal, a las apuradas o escondidas, y hasta en lo que no se ha leído. Cuentan incluso las lecturas raras, insignificantes o triviales, que la mayoría de los autobiógrafos que estudió seguramente dejaron de lado: libros de recetas nimbados de erotismo en la lista de ingredientes, un poemario de un mediocre escritor francés prenda de amor entre sus padres, un viejo libro de lectura escolar con imágenes de Perón y Evita.

Contrariando bibliotecas enteras de teoría literaria que han querido borrar a la persona que esconde el texto, Molloy, la autora de *Las letras de Borges*, uno de los grandes ensayos críticos sobre Borges, dice aquí que no recuerda cuándo lo leyó por primera vez, pero recupera dos encuentros “con el hombre”, y también con José Bianco, Victoria y Silvina Ocampo. Son escenas de tono menor con la misma atenuación del resto (“inconspicuo”), como ella misma las define con una de las pocas palabras en otra lengua que muy de vez en cuando se cuelan en el recuento), y sin embargo resumen bien las mismas peculiaridades poéticas que ya ha señalado en sus lecturas críticas. Una escena con Silvina Ocampo, por caso (que malentendí el título de su primera novela, *En breve cárcel* por *En breve cárcel*), se recupera como cifra de su “investigación a ver el otro lado, los posibles otros lados de las cosas”, y luego se sigue con una escena universal de Silvina: “Además está la primavera inmundada, la irizada

paloma que fecunda, los insectos que son como ladrones, ya lo sé, en los azahares con limones...”. Sucede más de una vez. La evocación íntima de Molloy se vuelve empática en el juego de espejos: “el lector con el libro en la mano” que está leyendo también recuerda y compone sus propias citas en el blanco generoso que separan los fragmentos.

Como era de imaginar, los temas de sus ensayos y sus ficciones —la autofotografía, la pose, el olvido—, sobrellevan las escenas de lectura, y el gesto que prima, aprendido también en los libros, es el vaivén, el ir y venir entre lenguas, entre crítica y ficción y sobre todo entre lectura y vida vivida. La lectura se “vive” como un acto de posesión, de apropiación (“yo le doy voz, le doy yo”), que convierte al lector en coproductor, como Pierre Menard del Quijote. Pero hay también manías, caprichos, deslices que hacen a la vida vivida del lector en los que es difícil no reconocer: cargar siempre libros demás por miedo a quedarse sin lectura (una especie de test del lector adicto), sellar una amistad con el gusto compartido por un cuento, una novela o un escritor menospreciados (aquí “The Life of Ma Parker”, un cuento algo sentimental que seguramente reconocerán otros lectores devotos de Katherine Mansfield), el gusto por compartir y argumentar el gusto, gemen inoculable de la crítica.

Entre las veintinueve delicadas miniaturas hay lugar todavía para las pasiones literarias medidas por pasiones amorosas, la identidad mediada por las lecturas (dime qué lees y te diré quién eres, y los posibles equívocos) y una cuota de artificio en la construcción y liberación de la escena de lectura. En la lectura de *Citas de lecturas* filosas que Molloy nos ha dejado sobre la pose, agrega ahora un estampa íntima en el último fragmento, el acertijo de un bric-à-brac de objetos dispuestos sobre la mesa de luz que la define, presidiendo, por supuesto, por un libro.